

»Como en todas las grandes discusiones nacionales, es de temer que la animosidad y las malas pasiones se desenfrenen. A juzgar por la conducta de los partidos opuestos, fácil es esperar hacer triunfar su opinion y aumentar el número de sus prosélitos por la violencia de sus declamaciones y la actitud de sus invectivas.

»El celo ilustrado por la energía y la eficacia del gobierno se denunciará como el crimen de un amigo del despotismo, de un enemigo de la libertad.

»La inquietud demasiado escrupulosa por la conservacion de los derechos del pueblo.... se considerará como el medio de usurpar una gran popularidad á expensas del público.

»Por una parte se olvidará que la envidia es compañera inseparable del amor violento, y que el noble entusiasmo de la libertad vá con facilidad hasta la desconfianza.

»Por otra parte se olvidará que la fuerza del gobierno es esencial para el sostenimiento de la libertad. Que en sentir de un espíritu recto é ilustrado estos dos intereses son inseparables, y que la peligrosa ambicion se oculta mas frecuentemente bajo el velo especioso del amor al pueblo que bajo la poco seductora apariencia del celo por el gobierno.

»La historia nos enseña que el primero de estos dos caminos ha conducido al despotismo más á menudo que el segundo, y que la mayoría de los hombres que han destruido la libertad de las repúblicas han comenzado por captarse la benevolencia del pueblo y se han hecho demagogos para convertirse luego en tiranos.

»Si yo publico estas reflexiones es con el objeto de poner en guardia á mis conciudadanos contra todas las tentativas que se puedan hacer por una y otra parte para influir en sus decisiones por otros móviles que la razon y la verdad.

»Creo firmemente que está en vuestro interés el adoptar la Constitucion, y que en ello están empeñadas vuestra libertad, vuestro poder y vuestra prosperidad.

»En cuanto á mí no afectaré una reserva que no tengo, ni procuraré engañaros con la apariencia de la duda cuando mi opinion está formada. Confieso francamente mi opinion, y os diré francamente las razones en que está fundada. Cuando se tiene conciencia de la rectitud de sus intenciones se desdeñan los ambages.

»Respecto de esto no prodigaré las protestas. Mis intenciones son el secreto de mi corazón; mis razones serán expuestas á los ojos de todos y todos podrán juzgarlas. Las presentaré con un valor que no perjudicará en nada á la causa de la verdad.»

En este escrito se vé la firmeza y el verdadero lenguaje que se debe hablar á los hombres; no se dejó de acusar á Hamilton de aristocracia, de arrogancia y altivez; pero su solo delito fué el oponerse á los partidos. Lo que nunca se perdona á las gentes es tener ideas propias. No hay nada tan odioso para las pandillas como el hombre que sin consideracion á nadie y prescindiendo de sus pasiones se atreve á decir la verdad. Para hacer fortuna el gran secreto consiste en gritar con las muchedumbres; pero Hamilton conocia dos popularidades: la de hoy á la cual se llega dejándose llevar por el oleaje revolucionario, siquiera sea con exposicion de ser arrojado mañana á la costa y la popularidad del porvenir, que se obtiene consagrándose á la defensa constante de la justicia y de la verdad, que era la única que seducia su noble corazón.

Hamilton, en *El Federalista* no titubea en demostrar la necesidad de la union entre todos los miembros de la confederacion, y además establece con tanta exactitud como perfecto conocimiento de todas las cuestiones, la necesidad de un poder ejecutivo fuerte, de un poder legislativo y de un poder judicial independientes. *El Federalista* es un manual de libertad.

Gracias á los esfuerzos de Hamilton y sus amigos el Estado de New-York se pronunció por la adopcion de la Constitucion y decidió del éxito.

Hamilton tuvo la gloria de haber conquistado á la Union su ciudad adoptiva y de ser muy poco despues elegido por New-York para redactar la Constitucion del Estado que es una imitacion de la Constitucion federal.

En 1789, fué nombrado presidente Washington con lo que se halló en una posicion delicadísima, y su primer cuidado fué rodearse de los hombres en quien tenia confianza; pero esto no lo hizo sino con gran moderacion. En un gobierno nuevo á raíz de una revolucion y cuando todo estaba aun suspendido, era necesario arreglar los partidos que solo la paz podia hacer que desaparecieran poco á poco. Washington llamó á su gabinete á los hombres de más opuestas opiniones, á los jefes de los partidos, con el objeto de que si habia division fuese secreta para que no se agitase el país ni se exacerbaren las pasiones. Se necesitaba que el Senado y la Cámara diesen al Norte América ejemplo de union y armonía, y llamó á su gabinete á Jefferson, jefe del partido democrático, que creía que no se daba bastante independencia á los Estados, y á Hamilton, que encontraba muy limitadas las concesiones hechas al

poder central, y les asoció con el general Knox y Jay, sus dos antiguos amigos.

En este gabinete el puesto más difícil, el ministerio que exigía más habilidad y trabajo era el ministerio de Hacienda, porque á decir verdad, la Unión no tenía Hacienda. Carecía de crédito y sólo poseía un papel-moneda sin valor; era preciso crearlo todo, y crearlo en un país que no estaba centralizado, en el que ni había estadística ni se conocían sus gastos y sus recursos. Aquí comienza el tercer acto de la vida de Hamilton. La conducta que había observado en el Congreso al hacerse la liquidacion de las pensiones de los oficiales había sido á propósito para manifestar que si conocía bien la guerra, no poseía en menor grado las condiciones de un buen administrador, y Roberto Morris, el hacendista de la confederacion, designó á Hamilton como el único hombre capaz de disipar el caos. Hamilton emprendió, pues, la creacion de un sistema financiero en el Norte América, consiguiendo en poco tiempo resultados que acaso hubieran podido absorber la vida entera de otro hombre.

Su secreto era sencillo. Pagar no era posible; pero cuando un Estado no puede pagar á sus acreedores, debe al menos darles garantías y poner en sus manos un título negociable. Toda la cuestion está en que el precio de aquel no equivalga á una bancarota para los acreedores. El gobierno federal no podía hallar en su caja lo que no había; pero podía levantar su crédito á fuerza de honradez y cuidado. Hamilton propuso desde luego no hacer bancarota, reconocer los títulos tales como existían y pagarlos; todo lo cual parece muy sencillo en el día; pero en aquella época el gobierno no tenía á su disposicion más que un papel que perdía el ochenta por ciento y se tenía por patriotismo el proponer que se obligase á los acreedores del Estado á tomar aquel papel despreciado. Pagar á los acreedores su capital integral, se decía, era concederles *más de lo que tenían derecho á esperar*; era una dilapidacion; pero Hamilton declaró que era preciso pagarlo todo, y á pesar de la justicia de tal medida, solamente consiguió hacerla adoptar con infinitas dificultades, necesitándose toda la influencia de Washington para que Jefferson se resignase á que el Norte América pagase sus deudas. Reconocióse al fin la deuda total; se afectaron al pago de esta deuda los derechos de aduana, y fué lo cierto que al cabo de cierto número de años, en verdad no muy considerable, el Norte América se habría visto libre de sus deudas integralmente.

Además, Hamilton no quiso que hubiese deudas particulares á cada uno de los trece Estados. Las deudas de los Estados habían sido contraídas por la revolucion, y propuso unificarlas todas formando la deuda federal. Para los demócratas esto era intervenir en el poder de los Estados, y esto produjo una nueva querrela entre él y Jefferson, que, como este último confesaba ingenuamente, eran los dos gallos del gabinete de Washington.

Una vez adoptada esta proposicion, y sólo lo fué por exígua mayoría, quiso Hamilton restablecer la circulacion metálica, cosa la más difícil del mundo. El principio de los asignados es siempre agradable; como los precios se elevan poco á poco, parece que cada cual se enriquece, á excepcion de los rentistas, de quienes nadie se cuida en tanto que no se les necesita, y este error subsiste aun, hoy en los Estados Unidos. Pero el día en que el cambio es desfavorable, en que no hay más comercio con el extranjero, entonces se necesita que cada uno liquide su situacion y pierda los imaginarios beneficios, siendo una de las pruebas más peligrosas por que puede pasar un pueblo. Y sin embargo, es preciso llegar á este caso, porque no hay comercio posible con los pueblos vecinos sino sobre el pié de igualdad, y para este es necesaria una medida comun para las mercancías, es decir, una moneda metálica, ó un papel que pueda cambiarse por una moneda metálica.

Hamilton propuso restablecer la circulacion metálica; y, para llegar á ella, fundó la banca de los Estados Unidos, que fué suprimida cuarenta años mas tarde por celos provinciales en tiempo de Jackson. Gracias á los esfuerzos de Hamilton hallóse el medio de resucitar el crédito, y los informes que se proporcionó, los comités de que se rodeó y los datos que proporcionó al Congreso, le dieron muy pronto la reputacion de ser el más hábil hacendista del continente, pues tuvo el gran mérito de ser á la vez teórico y práctico en esta resurreccion financiera. De entonces data el sistema financiero de los Estados Unidos, y esto basta por sí solo para hacer la gloria de un ciudadano.

Hamilton fué ministro de Hacienda hasta la segunda presidencia de Washington; era uno de los que comprendieron la necesidad de que Washington fuese por segunda vez presidente; pero una vez restablecida la Hacienda, pidió el retirarse del Gabinete, saliendo de él en 1795, á la edad de treinta y ocho años. Ministro de Hacienda y liquidador de una enorme deuda había restablecido la fortuna del Norte América, pero se había olvidado de hacer la suya. El país no

tenia necesidad de sus servicios, tenia una familia numerosa, y comprendiendo que ya era tiempo de pensar en los suyos volvió á su profesion de abogado, llevándose consigo el sentimiento y la sincera amistad de Washington, y tan grande fué esta amistad, que cuando Washington dirigió su despedida al Norte América, el testamento mas hermoso que ningun magistrado haya legado á un pueblo libre, quiso que este trabajo fuese revisado por Hamilton. Era en efecto, una gran prueba de confianza en Washington el dirigirse á Hamilton para consultarle sobre la manera de explicar á los norteamericanos todo lo que habia hecho durante su magistratura, y dar al Norte América consejos excelentes sobre la manera de practicar la Constitucion. El manuscrito de este informe, que se posee escrito todo de puño y letra de Washington es el verdadero original reconocido por el mismo como suyo; pero hay sin embargo en él ciertos llamamientos á la concordia, á la union y á la necesidad de un poder enérgico que parecen salidos de la mano de Hamilton.

Vuelto á la vida privada en 1795, Hamilton no salió de ella sino en una circunstancia memorable. En 1796 hubo una querrela entre Francia y los Estados Unidos poco honrosa para el Directorio y sobre la que los norteamericanos nos han dejado detalles que no se hallan en nuestras historias de la revolucion. En esta querrela desempeñan un papel triste el Ministro de Negocios Estrangeros del Directorio, M. de Tayllerand, y la cuestion de dinero. Pero sea como quiera, es lo cierto que las cosas llegaron al extremo de que el Norte América amenazado creyó necesario reunir un ejército. El presidente Adams ofreció su mando á Washington, y el general declaró que no aceptaria sino á condicion de que se nombraria inspector general á Hamilton y le hizo sobreponerse á oficiales mucho más antiguos.

Aquel ejército fué organizado por Hamilton, y á la muerte de Washington, en 1799, él fué su general en jefe aun cuando sin tomar el título de tal, y conservando siempre en la vida civil el título de coronel.

El 18 brumario subió al poder el general Bonaparte y como tenia bastante que hacer en el continente arregló el negocio.

En 1801 volvió á la vida privada viendo desaparecer sus esperanzas. El partido á que pertenecia, la idea que habia defendido y que habia llevado Adams hasta la exageracion, esto es, la idea de un poder superior á los Estados fué condenada con el advenimiento

de Jefferson á la presidencia. Desde entonces Hamilton se consagró enteramente á su profesion de abogado y adquirió en ella una gran reputacion. Un hombre que habia sido ministro de Hacienda, administrador y organizador de un ejército, era uno de los espíritus mejor dispuestos para comprender los negocios; además sabemos que hablaba admirablemente y era extraordinariamente trabajador. Sus dos autores favoritos eran los franceses Emerigon y Valiú.

Parecia que Hamilton habia concluido su vida política, cuando en 1804 tuvo un disgusto con un hombre que ocupaba una gran posicion en el Norte América, el coronel Aaron Burr, que era entonces vice-presidente de los Estados Unidos y que habia disputado el primer puesto á Jefferson. Burr se presentaba como candidato para ser gobernador del Estado de New-York. Resentido de que Hamilton en uso de su perfecto derecho habia declarado que le consideraba hombre peligroso, y poco satisfecho de semejante juicio, le provocó á un duelo. Hamilton se desconcertó extraordinariamente. No temia el duelo; pero, segun él, batirse era violar las leyes de Dios y del mundo. Además tenia hijos y una mujer á quien amaba mucho, y, preciso es decirlo en honor suyo, acreedores. Necesitaba vivir, no para él, sino para los demás; pero prescindiendo de todo, como se hace siempre en tales circunstancias, recordó que era soldado y que perderia toda su influencia si no se decidia á batirse, y aceptó, diciendo á sus amigos que dejaria á Aaron Burr tirar dos veces y si le llegaba su turno no tiraria. Así pensaba conciliar el honor y el deber.

El miércoles 11 de Julio de 1804, Aaron Burr atravesó el North-River para ganar á New-Jersey, y halló á Hamilton acompañado de M. Pendleton y del doctor Hosach, uno de los principales médicos de New-York. Hé aquí el relato de este duelo que el doctor nos ha dejado.

«Burr tiró el primero: la bala hirió á Hamilton en el costado derecho pasando á través de las vértebras. Cuando le dió la bala, el coronel saltó involuntariamente cayendo á la izquierda; al caer se disparó su pistola y el coronel cayó de boca.

»Corrí en su busca y le hallé sentado en tierra sostenido en los brazos de Pendleton, y tuvo bastante fuerza para decirme: *Doctor, es una herida mortal*; despues se desmayó y le creimos muerto.

»Se le colocó en la barca donde permaneció insensible hasta habernos separado de tierra cuatro ó cinco toesas. Entonces con nuestros cuidados volvió á la vida y dijo: *se me turba la vista*. Des-

pues su vista se aclaró y viendo la pistola que habia tenido en su mano é ignorando que habia tirado, dijo: Tened cuidado con esa pistola, que está cargada y montada y podia ocurrir una desgracia. Pendleton sabe que mis intenciones no eran *matarle ni apuntarle siquiera*.

»Al aproximarnos á la orilla me dijo: Envíe usted á buscar á Mme. Hamilton, y prevéngale poco á poco; pero no la quite usted las esperanzas.

»Vivió hasta el dia siguiente á las dos; toda su inquietud era por su atribulada mujer y por sus hijos. Me hablaba de ellos muy á menudo llamándoles *mi amada esposa y mis queridos hijos*. Pero á pesar de hallarse en tan terrible situacion su energía triunfaba. Solamente una vez le abandonó el valor viendo á sus siete hijos, al rededor de su cama. Abrió los ojos, miró á sus hijos, y despues los cerró hasta que se los llevaron. En cuanto á la madre solo él podia calmar su desconsuelo. *Acuérdate, querida Elisa, de que eres cristiana*, le decia con voz firme, pero llena de sensibilidad.»

Así murió miserablemente á los cuarenta y siete años un hombre que tan brillante papel habia desempeñado en el Norte América y que parecia llamado por su edad á prestar todavía nuevos servicios. Soldado, escritor, hombre político, hacendista y abogado siempre se le encontró al nivel de su situacion; alegre, ardiente, resuelto, lo mismo en el campo de batalla que en la barra de los tribunales, tan resuelto abogado como valiente capitán. Su muerte fué generalmente sentida en el Norte América y tanto más porque no se estimaba al hombre con quien se habia batido, y que algunos años despues justificó la mala opinion que de él se tenia comprometiéndose en 1807 en una empresa que pudo producir una revolucion en los Estados Unidos, pues tenia la intencion de sublevar los Estados del Oeste, hacerse dueño de la Nueva-Orleans y conquistar á Méjico en su provecho.

Uno de los amigos de Hamilton, Fisher Ames, escribió una noticia sobre la muerte de su amigo en la que le compara á Germánico arrebatado al amor del pueblo romano, y añade que el Norte Americano sabia lo que habia perdido por lo que Hamilton habia hecho por ella, pero que ignoraba lo que aun podia hacer para servirla. Este pensamiento, que es noble y bello, puede no ser exacto sin embargo, porque por grande que fuera el genio de Hamilton, su tiempo habia pasado. Generalmente sucede que los hombres que restablecen el orden, no solamente en la Hacienda,

sino en la sociedad, y no mueren pronto, son olvidados por la nueva generacion que no mira en sus obras mas que los defectos del edificio. Esta es la historia de Hamilton. El pueblo norte americano que gozaba de la libertad, olvidaba á aquellos á quienes se la debia; el partido democrático que tenia á su cabeza hombres jóvenes, ardientes, desdeñaba á Hamilton como á un federal, es decir, como á un adversario de la independencia provincial y casi como á un enemigo del país.

Pero si la historia puede decir que el Norte América ha sido mas generoso con los favorecidos que con Hamilton ¿deberemos lamentarnos de ello? ¿Acaso no ha sido su vida la mas hermosa que se puede pensar? Por nuestra parte deploramos mucho mas la suerte de los hombres que viven en un país donde no hay libertad. Un hombre de talento, un patriota que nace hoy en Polonia ó en Venecia es mucho mas despreciado. El comprender la libertad, amarla y no poder servirla, esto es lo que nosotros llamamos ser víctima de la suerte. Pero luchar en un país libre, combatir adversarios, injustos y violentos tal vez, pero á la luz del dia, con el país y el porvenir por jueces; ser hoy vencedor y mañana vencido, esa es la vida, ni merece lamentarse, ni creemos que el mismo Hamilton lo considerase como una desgracia. Su vida fué la mas intensa, la mas activa y al mismo tiempo la mas hermosa que pueda imaginarse. Como soldado habia combatido por la independencia de la patria; como legislador habia fundado esa Constitucion que habia de hacer la felicidad de la nacion; como ministro habia restablecido el crédito del Norte América. Habia luchado en la tribuna y en el campo de batalla; habia sido honrado con la confianza y la amistad de Washington. El sueño del niño se habia cumplido.

Añádese á eso que su conciencia debió hacerle justicia, pues habia sido un verdadero amigo del pueblo aun cuando jamás le habia adulado y que apelando siempre á su razon, nunca habia dejado de decirle la verdad ni sido complaciente con sus pasiones del momento. Hamilton, en fin, murió joven y lleno de gloria, dejando los mas gratos recuerdos.

Nada hay tan hermoso como la vida de un hombre en cuya tumba puede escribirse: «Este hombre no amó mas que á la patria y á la libertad.»